

## LA INFLUENCIA DEL HOMBRE EN LA HISTORIA

**JUAN SAAVEDRA AVILA**

Universidad de Playa Ancha  
de Ciencias de la Educación

Ningún auténtico historiador ha mantenido inalterable en el curso de las décadas, sus concepciones historiográficas. La continua labor histórica realizada honestamente al servicio de la verdad va suscitándole nuevos problemas históricos -ora sociales, ora políticos, ora económicos- que le obligan a meditar sobre los métodos historiográficos que ha venido empleando y sobre su misma concepción de la historia.

También le obligan a pareja meditación los encontronazos que en el curso de su labor van procurándole las opiniones sobre la historia de otros cultores de la misma e incluso las fantasías de pseudohistoriadores poco escrupulosos en el manejo de los textos; las dogmatizaciones sobre el ayer de pensadores ajenos a la investigación histórica pero que se atreven a pontificar sobre lo que es o debe ser nuestra aventura científica; y los brincos literarios de ensayista de mente clara y de pluma fácil quienes creen que todo el monte es orégano y que pueden lanzar tan deslumbrantes como equivocadas afirmaciones y tan brillantes como erróneas teorías.

Este trabajo pretende hacer reflexionar a los cultores de la historia sobre: ¿Qué puede el hombre hacer con su época? Creo que habría que interpretarlo así: ¿Qué puede el hombre de hoy hacer sobre nuestra época? Y hay incluso, que precisar más: ¿Qué puede el hombre de hoy influir sobre el presente, según las concepciones y los métodos del historiador actual?, puesto que de historia tenemos que hablar, yo -y para preveniros de toda decepción- no soy historiador, soy «amateur» de la historia, admiro y tengo gusto por las obras de los historiadores del presente y del pasado, pero no puedo hablar como técnico, no puedo hablar más que como hombre que reflexiona sobre la importancia y el sentido de estas técnicas.

Propongo como base en este trabajo sobre historiografía tres cuestiones básicas:

1º ¿En qué se distingue la historia tal y como hoy se practica, en los métodos anteriores?

En efecto, difícil sino imposible, comprender lo que distingue y caracteriza la historia tal y como se practica hoy si no se echa un vistazo, al menos, a los métodos históricos y los problemas de los historiadores del pasado.

2º ¿Cuáles son los problemas que el historiador moderno desea resolver?

Cuando intentamos determinar los intereses del historiador, las direcciones, las líneas de fuerza de su investigación, nos parece probable que tengamos luces suficientemente precisas sobre lo que pudiera llamarse esencia de esta historia. Y esto nos permitiría plantear la tercera y última pregunta, a mi parecer la más importante, y que es la siguiente:

3 ¿Qué se desprende para nosotros de esta concepción moderna de la historia, para nosotros hombres vivos, que queremos actuar en nuestra época y que no podemos razonablemente actuar más que en la medida que comprendamos esta época, en la medida en que seamos todos, especialistas o no, historiadores?

Comienzo por la cuestión de la influencia del hombre en la historia que es el tema de este trabajo. Plantear la cuestión de la influencia del hombre en la historia es ya por completo «siglo XX» puesto que el siglo XIX planteaba una cuestión completamente distinta. Preguntaba cual era la influencia de la historia sobre el hombre. Recordad la psicología del siglo XIX, recordad a los grandes historiadores del siglo XIX, en Taine es particularmente claro. Esto mismo es verdad también para Michelet. La historia del siglo XIX quiere saber cómo, de qué manera, la historia domina al hombre. El progreso está garantizado, el progreso es casi automático; la historia tiene un sentido en sí misma y, al dominar al hombre, le conduce y le protege.

Además tenemos la cuestión del método. Sin duda el siglo XIX descubre la historia científica, la historia como ciencia y esto es una verdadera revolución, ya que hasta entonces, la historia, para casi todos -desde luego que siempre ha habido precursores- la historia es lo que había sido para Aristóteles: un género muy noble de literatura.

El siglo XIX hace de la historia una ciencia, una ciencia erudita, una ciencia crítica. El historiador juzga, ya no hombres y acontecimientos; la

historia moralizadora y moralizante desaparece. Se hace juez de documentos, es juez de los testimonios del pasado, es juez, sobre todo, de los historiadores anteriores. Desaparece, o se debilita la tendencia, predominante hasta entonces, que consistía en explicar la historia de los grandes hombres. Hay rezagados respecto al siglo XIX, que al mismo tiempo son revolucionarios, tenemos el caso de Carlyle. Pero este tipo de hombre está aislado. En general se habla de fuerzas históricas; antigua tesis que se remonta más allá de Montesquieu, hasta Maquiavelo, hasta Polibio. Las fuerzas que se han llamado «anónimas» en la historia se han conocido desde siempre, pero el siglo XIX que el que comenzó a interesarse, exclusivamente por decirlo así. Cito palabras del historiador Ranke, uno de los más notables: «Se quiere saber como ocurrió aquello en realidad y en verdad». Se quiere aislar el fuego de las fuerzas. Se concibe la historia a través del modelo del organismo, hay una evolución. No recordaré la extraordinaria influencia que, durante la segunda mitad del siglo XIX, tuvo el pensamiento de Darwin.

En el siglo XX todo cambia, quizás vaya a extrañar aquí a ciertos historiadores y filósofos, pero me parece que la historia del siglo XX ha renunciado a la investigación de las causas. Ya no busca causas, busca, al igual que la física moderna factores. Busca determinar la interdependencia de estos factores, exactamente como lo hace la física moderna. No hay ya fuerzas económicas, no hay fuerzas sociales o sociológicas. Hay ciertos aspectos de una realidad una, que se pueden determinar, pero ninguno existe independiente, ninguno puede aislarse realmente del otro. Lo mismo que en la física la mecánica y la teoría de la electricidad no se confunden tampoco en la historia se confunden el parámetro económico, el parámetro demográfico, el parámetro sociológico, y sin embargo no existen fuera de sus relaciones recíprocas. Son aspectos artificialmente aislados de la realidad que es una. Esta realidad ha permitido introducir en el trabajo del historiador lo que, hasta aquí había sido propio del trabajo del hombre de ciencia, o en particular del físico. Cuando tenemos factores aislables, podemos contar, medir, establecer estadísticas, trazar curvas, y llegar a datos determinados que pueden interpretarse, pero que subsisten, al menos en apariencia, fuera de toda interpretación.

Esta revolución del siglo XX permite al mismo tiempo la transformación de las técnicas de trabajo. Al poder separar los aspectos se puede y se debe a un tiempo formar equipos de investigadores. No se trata ya de narrar, se trata de analizar según los métodos de las ciencias exactas, se

trata de acordar datos, y esto sólo puede hacerse si se trabaja con técnicas experimentadas.

El historiador busca relaciones del tipo de las que existen en las otras ciencias. Tal como está planteada la cuestión parece implicar lógicamente un cambio de actitud por parte de los historiadores. Pero creo que no sólo a ellos debemos considerar. También la materia ha cambiado, ha influido mucho el cambio del mundo en el que vive el historiador. Ha habido, una verdadera revolución histórica, en el espacio como en el tiempo. Somos testigos -actores con frecuencia, pero también testigos- de acontecimientos de los que actualmente estamos infinitamente más próximos por los medios de comunicación, por la información, por el progreso técnico, de lo que hubieran podido estarlo a comienzos del siglo XX y con más razón en el siglo XIX. El hombre no encuentra ya, como el del siglo XIX, un sentido oculto a la historia, sino que encuentra en la historia la posibilidad de dar un sentido a la existencia del hombre. Esto me conduce a formular un deseo práctico: parece que en la formación de los historiadores, se debería tener en cuenta mucho más de lo que actualmente se tiene, no se deberían limitar simplemente al estudio de los elementos de orden político, institucional, militar (muy de moda actualmente), y otros, sino preocuparse también de los orígenes de estos hechos, de sus explicaciones y esto conduciría, evidentemente a modificaciones en la didáctica, en la redacción de los manuales, y de modo general, en las formas mismas de la enseñanza. Creo que uno de los progresos esenciales del actual método histórico es el haber hecho intervenir más al hombre en su integridad, a los hombres. Marc Bloch, en uno de sus libros nos dijo que la historia era la ciencia del hombre, o mejor de los hombre en el tiempo; Labrousse, ha dicho del hombre económico que era una abstracción de la historia; tan solo cuenta el hombre total, mas brevemente, el hombre. Precisamente esta importancia dada a la realidad humana bajo todos sus aspectos, es la que ha llevado a los historiador del siglo XX a preocuparse, no solamente del acontecimiento, sino del hecho económico, del hecho social. El historiador no puede, encerrarse en una torre de marfil, como el físico o el químico, aislarse del mundo y trabajar en la paz de su laboratorio. El historiador necesita conocer al hombre y la vida, y la política y las relaciones internacionales, y el alma de las masas y de los pueblos de hoy, para poder comprender y juzgar a los hombres, a las masas y a los pueblos de ayer.

La historia comienza cuando los hombres empiezan a pensar en e.

transcurso del tiempo, no en función de procesos naturales -ciclo de las estaciones, lapso de la vida humana-, sino en función de una serie de acontecimientos específicos en que los hombres se hallan comprometidos conscientemente y en los que conscientemente pueden influir.

La historia dice Burckhardt, es «la ruptura con la naturaleza causada por el despertar de la conciencia».

La historia es larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él. Pero el período contemporáneo ha ensanchado la lucha de una forma revolucionaria. El hombre se propone ahora comprender y modificar, no sólo el mundo circundante, sino también a sí mismo; y esto ha añadido, por así decirlo, una nueva dimensión a la razón y una nueva dimensión a la historia. La época actual es, de todas, la que más se ocupa de la historia y más piensa en términos históricos. El hombre contemporáneo es consciente de sí mismo, y por lo tanto de la historia, como nunca lo ha sido el hombre antes. Pasado, presente y futuro están vinculados en la interminable cadena de la historia.